

«¿Qué devolveré al Señor por los grandes beneficios que me ha hecho? ¡Oh Dios mío!, qué grande es vuestra bondad para conmigo, pues habéis tenido a bien hacerme comer en la mesa de los santos y de los mismos manjares con que los sustentáis, nutriéndome con abundancia con los alimentos deliciosos de vuestros favorecidos y amigos más fieles, a mí, que no soy sino una indigna y miserable pecadora».

«Bien sabéis, que sin el Santo Sacramento y la cruz no podría vivir y soportar mi largo destierro en este valle de lágrimas.»

Deseaba que jamás disminuyesen en él mis sufrimientos, pues cuanto más rendido estaba por ellos mi cuerpo, tanto más gozo tenía mi espíritu y libertad para ocuparse en su unión con mi Jesús paciente, no teniendo más ardiente deseo que el de llegar a ser una verdadera y perfecta copia y representación de Jesús crucificado. Regocijábame cuando su soberana bondad empleaba multitud de obreros para trabajar a su gusto en el cumplimiento de esta obra.

Mas este Soberano no se separaba de su indigna víctima, cuya debilidad e impotencia para todo lo bueno tenía bien conocidas, y me decía alguna vez:

«Te honro mucho, mi querida hija, en servir-me de instrumentos tan nobles para crucificarte. Mi Eterno Padre me entregó en manos de crueles y despiadados verdugos para crucificarme, y Yo, para crucificarte, me sirvo de personas dedicadas y consagradas a mi servicio, a cuyo poder te he entregado y por cuya salvación quiero que ofrezcas cuanto te han de hacer sufrir.»

Lo hacía con todo mi corazón, ofreciéndome a

soportar siempre todo el rigor del castigo merecido por la ofensa de Dios que pudiera haber en su conducta conmigo; aunque, a la verdad, no me parecía que se pudiera cometer injusticia alguna haciéndome padecer, no pudiendo hacerlo cuanto yo merezco.

Mas confieso que me deleita tanto hablar de la felicidad de sufrir, que escribiría volúmenes sobre esta materia sin poder contentar mi deseo, y mi amor propio encuentra no poca satisfacción en esta clase de discursos.

87. Cincuenta días sin beber...

En una ocasión me manifestó mi Soberano que quería llevarme a la soledad; no a la de un desierto como la suya, sino a la de su Sagrado Corazón, donde quería honrarme con su trato más familiar, cual lo hace un amante con su amada; darme allí nuevas instrucciones sobre su voluntad y hacerme recobrar nuevas fuerzas para cumplirla, combatiendo valerosamente hasta la muerte, pues tenía que sostener el ataque de muchos enemigos poderosos. Por esta causa me insinuaba que, para honrar su ayuno en el desierto, debía ayunar a pan y agua cincuenta días.

Mas no habiendo querido permitírmelo la obediencia por temor a la singularidad, me dio a conocer que le sería igualmente agradable si pasaba cincuenta días sin beber, en honra de la sed ardiente de la salud de los hombres que había tenido siempre su Corazón y de la cual El había sufrido en el árbol de la cruz. Me fue concedido hacer esta penitencia, y

me pareció ser más dura que la anterior, a causa del ardor excesivo de que estaba continuamente atormentada, por el cual hubiera necesitado beber con frecuencia grandes tazas de agua para refrescarme.

88. Rudas tentaciones por parte del demonio

Sufrí durante este tiempo frecuentes asaltos del demonio, el cual me tentaba especialmente de desesperación, significándome que no debía pretender parte alguna en el Paraíso una criatura tan perversa como yo, pues no la tenía en el amor de Dios, del que sería privada por una eternidad; lo cual me hacía verter torrentes de lágrimas.

Otras veces me atacaba por la vanagloria y después por la tentación abominable de la gula. Me hacía sentir hambres espantosas, y luego me traía representaciones de todo cuanto era capaz de contentar el gusto, y esto en tiempo de mis ejercicios espirituales, causándome un tormento extraordinario. Me duraba el hambre hasta que entraba en el refectorio para tomar mi refección; allí sentía súbitamente tan grande inapetencia, que necesitaba hacerme no poca violencia para tomar un poco de alimento y apenas me levantaba de la mesa, tornaba a comenzar el hambre con más violencia que antes.

Mi Superiora, (1) a quien nada ocultaba de cuanto me sucedía, por el temor grande, que siempre he tenido, de ser engañada, me ordenó ir a pedirle permiso para comer cuando me sintiese más

(1) La Madre Peronne-Rosalie Greyfié, profesa del primer Monasterio de Annecy. Fue Superiora en Paray de 1678 a 1684.

apretada por el hambre. Lo hacía así; pero con extrema violencia por la grande confusión que experimentaba, y ella, en lugar de enviarme a comer, me mortificaba y humillaba poderosamente en lo mismo, diciéndome que guardase mi hambre para satisfacerla cuando fueran las otras al refectorio. Después yo permanecía en calma con mis sufrimientos. No me dejaron terminar por esta vez la penitencia en la bebida; pero después que la interrumpí para obedecer, me obligaron a comenzarla de nuevo, y pasé sin beber los cincuenta días, y asimismo pasaba luego los viernes.

Siempre quedaba igualmente contenta, ya me concedieran, ya me negaran lo que pedía. Con obedecer estaba satisfecha.

89. Adoración en lugar del Rey

No cesaba mi perseguidor de atacarme por todos lados, excepto por la impureza, en la cual le había prohibido tentarme mi Divino Maestro. En una ocasión, sin embargo, me hizo sufrir penas terribles; he aquí cómo. Me dijo mi Superiora: «Id a ocupar el puesto de nuestro Rey delante del Santísimo Sacramento.»

Estando allí, me sentí tan fuertemente atacada de abominables tentaciones de impureza, que me parecía estar en el infierno. Sostuve este penoso ataque varias horas seguidas, y me duró hasta que me levantó aquella obediencia mi Superiora diciéndome que ya no volvería a representar la persona de nuestro Rey delante del Santísimo Sacramento, sino la de una buena religiosa de la Visitación.

90. En las amarguras del Calvario

Inmediatamente cesaron mis penas en esta materia y me encontré anegada en un diluvio de consolaciones, en las cuales me instruyó mi Soberano en cuanto deseaba de mí.

Quería que estuviese en un continuo acto de sacrificio, y para esto me dijo que aumentaría mi sensibilidad y repugnancia del tal suerte, que no haría cosa alguna sino con pena y violencia, a fin de darme materia de triunfo aun en las cosas más pequeñas e indiferentes. Puedo asegurar haberlo siempre experimentado así desde este día. Añadió además que no habría para mí dulzura alguna sino en las amarguras del Calvario, y que me haría encontrar un martirio de sufrimiento en todo cuanto podía constituir el gozo, el placer y la felicidad temporal de los otros. Así me lo hizo experimentar de un modo muy sensible, pues cuanto puede llamarse placer se me convertía en suplicio. Porque aun en esas ligeras recreaciones que alguna vez se nos conceden, sufría más que si estuviera con el ardor de la más violenta fiebre, y quiso, sin embargo, que procediera en todo como las demás. Esto me hacía exclamar: «Soberano Bien mío, qué caro se me vende este placer.»

El refectorio y el lecho me causaban tal pena, que la sola aproximación de la hora me obligaba a gemir y llorar. Mas los empleos y el locutorio me eran de todo punto insoportables, y jamás, que yo recuerde, fui allí sin repugnancias, que no podía vencer sino con una violencia tal, que muchas veces me obligaba a caer de rodillas para pedir a Dios la fuerza necesaria para vencerme.

No me era menos penoso el escribir, no tanto porque lo hacía de rodillas, cuanto por la pena interior que me causaba el hacerlo.

La estima, las alabanzas y los aplausos me hacían sufrir más que todas las humillaciones, desprecios y afrentas a las personas más vanas y deseosas de los honores. En estas ocasiones me veía forzada a decir:

«Dios mío, armad contra mí todos los furores del infierno; los prefiero a las lenguas de las criaturas armadas de vanas alabanzas, lisonjas y aplausos: vengan más bien a caer sobre mí todas las humillaciones, dolores, confusiones y contradicciones.»

Me inspiraba una sed de ellas insaciable, aunque me las hacía sentir en ocasiones con tal viveza, que no podía contenerme sin dar señales exteriores, siendo para mí insoportable el verme tan poco humilde y mortificada, que no pudiese sufrir sin que de ello se apercibiesen. Todo mi consuelo era recurrir al amor de mi abyección, el cual me movía a dar gracias a mi Soberano, por hacerme aparecer tal como era, a fin de anonadarme en la estimación de las criaturas.

91. Recibirlo todo como venido del Señor

Quería, además, que recibiese, como venidas de su mano, todas las cosas, sin buscar ninguna; y así debía abandonar todo sin disponer de nada; darle gracias lo mismo por los sufrimientos que por los goces; pensar en las ocasiones más dolorosas y humillantes, que era merecedora de todo aquello y aun de mucho más; ofrecer mis penas por las personas

que me causaban aflicción; hablar siempre de El con gran respeto, del prójimo con grande estima y compasión, y nunca de mí misma, o brevemente, o con desprecio, a no ser cuando para su gloria me hiciera obrar de otro modo; atribuir todo el bien y la gloria a su soberana grandeza, y a mí todo lo malo; no buscar consolación alguna fuera de El, y aún debía, cuando me diera las consolaciones, sacrificarlas renunciando a ellas; no apegarme a nada; estar vacía y despojada de todo; no amar nada sino a El, en El y por El; no mirar en todas las cosas más que a El y los intereses de su gloria, con un olvido completo de mí misma.

Y aunque debía hacer por El todos mis actos, quería que en cada uno de ellos hubiera siempre algo directamente para su Divino Corazón. Por ejemplo, cuando estaba en recreo, era preciso darle el suyo con los dolores, humillaciones, mortificaciones y otras cosas, las cuales El tendría cuidado de que no me faltasen, y yo debía por este motivo recibirlas con placer; lo mismo en el refectorio, quería que le sacrificase cuanto me parecía mejor, y así en los demás ejercicios. Me prohibía además el juzgar, acusar y condenar a nadie sino a mí misma. Me enseñó otras muchas cosas, y como me admirase de su muchedumbre, me dijo que no debía abrigar ningún temor, pues El era un buen maestro, tan poderoso para hacer ejecutar lo que enseñaba, como sabio para enseñar y dirigir con acierto. También puedo asegurar que de buen grado, o contra las repugnancias naturales, me obligaba a practicar cuanto quería.

92. La gran revelación del culto al Sagrado Corazón en junio de 1675

Estando una vez en presencia del Santísimo Sacramento, un día de su octava, recibí de Dios gracias excesivas de su amor, y sintiéndome movida del deseo de correponderle en algo y rendirle amor por amor, me dijo:

«No puedes darme mayor prueba que la de hacer lo que ya tantas veces te he pedido.»

Entonces, descubriendo su Divino Corazón:

«He ahí este Corazón, que ha amado tanto a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y en reconocimiento no recibo de la mayor parte sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sus sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este Sacramento de Amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan.

Por esto te pido que sea dedicado el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento a una fiesta particular para honrar mi Corazón, conmulgando ese día y reparando su honor por medio de un respetuoso ofrecimiento, a fin de expiar las injurias que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares.

Te prometo también que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influen-

cias de su divino amor sobre los que le rindan este honor y los que procuren que le sea tributado.»

93. Se dirige al P. de la Colombière

Y respondiendo que no sabía cómo poder cumplir cuanto de mí deseaba hacía tanto tiempo, me ordenó dirigirme a su servidor, pues me lo había enviado para el cumplimiento de este designio.

Habiéndolo hecho así, me mandó escribir cuanto le había dicho en orden al Sagrado Corazón de Jesús y otras varias cosas que con él se relacionaban, para la gloria de Dios, el cual hizo que hallase suma consolación en este santo varón, ya porque me enseñó a corresponder a sus designios, ya porque me tranquilizó en medio de los grandes temores de ser engañada, que me hacían gemir sin cesar.

Al sacarle el Señor de este pueblo para emplearle en la conversión de los infieles (1), recibí el golpe con entera sumisión en la voluntad de aquel Dios que tanta utilidad me había proporcionado por su medio durante el corto tiempo que aquí estuvo. Y solamente una vez que quise reflexionar sobre esto, me dio inmediatamente esta reprensión:

«¿Y qué, no te basto Yo, que soy tu principio y tu fin?»

No me fue menester más para abandonárselo todo, pues estaba segura de que tendría cuidado de proveerme de cuanto había de necesitar.

(1) El P. de la Colombière dejó Paray en 1676 fue enviado a Inglaterra, como predicador de S.A.R. la Duquesa de York, María Beatriz d'Este.

94. Fiesta de Santa Margarita: 20 de julio de 1685

No hallaba todavía medio alguno para dar principio a la devoción al Corazón Sagrado, que era todo mi anhelo; mas he aquí la primera ocasión que para ello me proporcionó su bondad:

Caía en viernes la fiesta de Santa Margarita, y pedí a mis hermanas novicias, cuya dirección tenía entonces a mi cargo, que todos los obsequios que tenían intención de hacerme para honrar mi santo, los hiciesen al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Lo hicieron de buena voluntad, levantando un altarcito sobre el cual colocaron una pequeña imagen del Sagrado Corazón, dibujada a pluma en un papel, y le rendimos todos los homenajes que El mismo nos sugirió.

Esto atrajo sobre mí, y sobre ellas también, muchas humillaciones y mortificaciones, hasta acusarme de querer introducir una devoción nueva.

95. Pequeña fiesta del noviciado

Todos estos sufrimientos eran para mí una grande consolación, y nada temía tanto como el que llegase a ser privado de los honores el Divino Corazón. Pues cuantas cosas oía decir sobre esto eran otras tantas espadas que atravesaban el mío. Se me prohibió colocar otra vez en público imagen alguna de este Corazón Sagrado, y decían que todo cuanto podía permitirseme era tributarle algún homenaje en secreto. (1)

(1) La Superiora entonces era la Madre Maria Cristina Melin, que gobernó el Monasterio de Paray de 1684 a 1690.

En mi aflicción no sabía a quien dirigirme sino a El, que siempre levantaba mi ánimo abatido, diciéndome sin cesar:

«Nada temas; Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de todos los que a ello quieran oponerse.»

Me consolaron mucho estas palabras, porque sólo deseaba verle reinar.

96. El despedir a la srta. Chamron le trae nuevas persecuciones

Dejé, pues, en sus manos la defensa de su causa, mientras yo sufría en silencio. Pero se suscitaron tantas persecuciones de diversa índole, que parecía haberse desencadenado contra mí todo el infierno y que todo conspiraba para anonadarme. Confieso, sin embargo, que jamás había gozado de mayor tranquilidad interior, ni experimentado tanta alegría, como cuando me amenazaron con la prisión y quisieron hacerme comparecer ante un príncipe de la tierra, (1) cual un juguete de burla y una visionaria enloquecida por la imaginación de sus vanas ilusiones. No lo digo para hacer creer que he sufrido mucho, sino más bien para descubrir la gran misericordia de Dios para conmigo, pues nada estimaba yo ni quería tanto como la parte que me regalaba de su cruz, la cual era para mí un manjar tan delicioso, que jamás llegué a cansarme.

(1) El Cardenal Príncipe de Bouillon, Abad comendatario de Cluny, que residía entonces en Paray una parte del año.

97. Una palabra amorosa del Señor

Si me hubiera sido permitida la comunión frecuente, habría estado mi corazón satisfecho. Una vez que ardientemente la deseaba, se me puso delante mi Divino Maestro, cuando iba cargada con las barreduras, y me dijo:

«Hija mía, he oído tus gemidos, y los deseos de tu corazón, me son tan agradables, que si no hubiera instituído mi Divino Sacramento de amor, le instituiría por amor tuyo, para tener el placer de alojarme en tu alma y tomar un reposo de amor en tu corazón.»

Tan vivo ardor penetró todo mi ser al escucharlo, que sentía mi alma completamente enajenada, y no podía explicarme sino con estas palabras:

«¡Oh amor! ¡Oh exceso del amor de un Dios hacia una tan miserable criatura!»

Y durante toda mi vida me ha servido este regalo de aguijón poderoso para excitarme al reconocimiento de amor tan puro.

98. Alivio de un alma del purgatorio

En otra ocasión, estando en presencia del Santísimo Sacramento el día de su festividad, se presentó repentinamente delante de mí una persona, hecha toda fuego, cuyos ardores tan vivamente me penetraron, que me parecía abrasarme con ella. El deplorable estado en que me dio a conocer se hallaba

en el Purgatorio, me hizo derramar abundantes lágrimas.

Me dijo que era el religioso benedictino que me había confesado una vez y me había mandado recibir la comunión, en premio de lo cual Dios le había permitido dirigirse a mí para obtener de mí algún alivio en sus penas. Me pidió que ofreciese por él todo cuanto pudiera hacer y sufrir durante tres meses, y habiéndoselo prometido, después de haber obtenido para esto el permiso de mi Superiora, me dijo que la causa de sus grandes sufrimientos era, ante todo, porque había preferido el interés propio a la gloria divina, por demasiado apego a su reputación; lo segundo, por la falta de caridad con sus hermanos, y lo tercero, por el exceso del afecto natural que había tenido a la criaturas y de las pruebas que de él les había dado en las conferencias espirituales, lo cual desagradaba mucho al Señor.

Muy difícil me sería el poder explicar cuánto tuve que sufrir en estos tres meses. Porque no me abandonaba un momento, y al lado donde él se hallaba me parecía verle hecho un fuego, y con tan vivos dolores, que me veía obligada a gemir y llorar casi continuamente.

Movida de compasión mi Superiora me señaló buenas penitencias, sobre todo disciplinas, porque las penas y sufrimientos exteriores que por caridad me hacían sufrir aliviaban mucho las otras interiores impuestas por la santidad de amor, como pequeño trasunto de lo que hace sufrir a estas pobres almas.

Al fin de los tres meses le vi de bien diferente manera: colmado de gozo y gloria, iba a gozar de su

eterna dicha, y dándome las gracias, me dijo que me protegería en la presencia de Dios.

Había caído enferma; pero, cesando con el suyo mi sufrimiento, sané al punto.

99. Otra alma amenazada de reprobación

Me dio a entender mi Soberano que cuando quisiera abandonar una de esas almas por las cuales deseaba que yo sufriese, me haría experimentar el estado de un alma réproba, dándome a sentir la desolación en que se encuentra a la hora de la muerte. Jamás he experimentado cosa más terrible, ni tengo términos para poderlo explicar.

Un día, estando sola en el trabajo, fue puesta ante mis ojos una religiosa, que aún vivía entonces, y se me dijo de una manera inteligible:

«Mira, he ahí esta religiosa solamente de nombre, a la cual estoy dispuesto a lanzar de mi corazón y abandonarla a sí misma.»

Al instante me sentí presa de tan gran terror, que postrándome con el rostro en el suelo, permanecí largo tiempo de este modo sin poder volver en mí, y me ofrecí al mismo tiempo a la Divina Justicia para sufrir cuanto fuere de su agrado, a fin de que no la abandonase.

Me pareció entonces haberse tornado contra mí su justa cólera, y me hallé en espantosa agonía y desolación completa, pues sentía sobre mis espaldas un peso abrumador. Si quería alzar los ojos, veía a un Dios irritado conmigo y dispuesto a caer sobre

mí armado de varas y azotes; por otra parte, me parecía ver el infierno abierto para devorarme; en mi interior todo estaba revuelto y en desorden; mi enemigo me asediaba por todos los lados con tentaciones violentas, especialmente de desesperación, y yo huía en todos sentidos de ese Dios irritado que me perseguía, pues no hay género de tormento al cual no me hubiera entregado para librarme de él, y no me podía ocultar a sus miradas. Sufría una confusión espantosa creyendo que eran conocidas de todo el mundo mis penas.

No podía orar, ni desahogarme sino llorando. Decía solamente:

«¡Ah!, cuán terrible es caer en las manos de un Dios vivo.»

Y otras veces, arrojándome con el rostro en la tierra, exclamaba: «Herid, Dios mío, cortad, quemad, consumid cuanto os desagrada, y no perdonéis ni mi cuerpo, ni mi vida, ni mi carne, ni mi sangre, con tal que salvéis eternamente esta alma.»

100. Se ofrece a la cólera de Dios por los culpables

Confieso que no hubiera podido durar mucho tiempo en tan doloroso estado si no me hubiera sostenido su amorosa misericordia bajo los rigores de su justicia. Así es que caí enferma, y me costó mucho el restablecerme.

Con frecuencia me ha hecho mi Soberano soportar estas dolorosas disposiciones, en medio de las cuales me mostró una vez los castigos que quería ejecutar en algunas almas, y me arrojé a sus sagrados pies diciéndole:

«¡Oh Salvador mío!, descargad sobre mí toda vuestra indignación, y borradme del libro de la vida antes de perder esas almas que tan caro os han costado.

Y me respondió:

«Pero no te aman, y no cesarán de afligirte.»

«No importa, Dios mío; con tal que os amen, no quiero cesar de suplicaros que las perdonéis.»

«Déjame obrar; ya no puedo sufrirlas.»

Y abrazándole más estrechamente aún:

«No, Señor mío, no os dejaré hasta que la hayáis perdonado.»

Y El me decía:

«Yo accedo gustoso, si tú quieres responder por ellas.»

«Sí, Dios mío; pero nunca os pagaré sino con vuestros propios bienes, que son los tesoros de vuestro Sagrado Corazón.»

Con esto se dio por satisfecho.

101. El concierto de los Serafines “socios divinos”

Y otra vez, estando en la labor común de escardar lana, me retiré a un pequeño patio, próximo al tabernáculo del Santísimo Sacramento, donde, trabajando arrodillada, me sentí al instante recogida por completo interior y exteriormente, y se me representó al mismo tiempo el amable Corazón de mi adorable Jesús más brillante que el sol. Estaba en medio de las llamas de su puro amor, rodeado de serafines que cantaban con admirable concierto:

*«El amor triunfa; goza el amor;
placer derrama su Corazón.»*

Me invitaron estos bienaventurados espíritus a unirme con ellos en los loores del Divino Corazón y no me atrevía; pero de nuevo me instaron, diciéndome: «que habían venido a asociarse a mí con objeto de tributarle un homenaje continuo de amor, de adoración y de alabanza, y a este fin harían mis veces delante del Santísimo Sacramento, para que yo pudiese, por su medio, amarle sin interrupción, y ellos, a su vez, participar de mi amor, sufriendo en mi persona como yo gozaría en la suya.» Escribieron, al mismo tiempo, esta Asociación en el Corazón Sagrado con letras de oro y con los caracteres indelebles del amor.

Duró esto de dos a tres horas, pero he sentido sus efectos durante toda mi vida, ya por los socorros recibidos, ya por las dulzuras que había producido y producía en mí, dejándome toda llena de confusión. Al dirigirles mis plegarias, no les daba otro nombre que el de mis divinos asociados. Me inspiró esta gracia tal deseo de la pureza de intención y me hizo concebir una idea tan alta de la que se debe tener para conversar con Dios, que todas las demás me parecen impuras para este objeto.

102. Obtiene la gracia de los Sacramentos para una moribunda

Otro día estaba una de nuestras hermanas sumida en un sueño letárgico (1), y se había perdido la esperanza de poderle administrar los últimos Sacramentos. Tenía esto en grandísima consternación a la Comunidad, especialmente a nuestra Madre, (2) y ésta me ordenó prometer a Nuestro Señor, para conseguirlo, todo cuanto le pluguiera darme a conocer que deseaba.

No había terminado aún el cumplimiento de esta obediencia, y ya el Soberano de mi alma me prometió que esta hermana no moriría sin recibir los auxilios que con razón deseábamos, si le prometía tres cosas, las cuales quería absolutamente de mí: la primera, no rechazar cargo alguno en la religión; la segunda, no rehusar ir al locutorio, y la tercera, no negarme a escribir.

A semejante petición confieso que se estremeció todo mi ser, por la grande repugnancia y aversión que para esto sentía.

Respondí:

«¡Oh Señor mío!, bien me atacáis por mi flaco; pero pediré permiso.» Me lo concedió al momento mi Superiora, no obstante la pena que pudiera traslucirse en mí, y me hizo prometerlo en forma de voto,

(1) Se trataba de una hermana de hábito pequeño (educanda) criatura privilegiada, Antonieta Rosalía de Sennecé. Había hecho voto de castidad a los 7 años y contaba 13 cuando murió, el 26 de abril de 1684 después de haber pronunciado anticipadamente los votos de la religión, "in articulo mortis".

(2) La Madre Greyfié.

para que no pudiera desdecirme jamás. Mas ¡ay de mi! ¡Cuántas infidelidades no he cometido! Pues no por eso me quitó la repugnancia que en ello sentía, la cual me ha durado toda la vida. Pero la hermana recibió los Sacramentos.

103. El santo Nombre de Jesús sobre su corazón

Para dar a conocer hasta dónde llegaba mi infidelidad en medio de todos estos favores tan grandes, diré que un día, sintiendo un deseo ardiente de recogerme para hacer ejercicios y de prepararme a ellos, algunos días antes, quise, por segunda vez grabar el santo nombre de Jesús en mi corazón. (1) Pero lo hice de modo que abrí en él varias llagas. Habiéndoselo dicho a mi Superiora la víspera del día en que debía retirarme a la soledad, me respondió que quería mandar ponerme algún remedio, por temor de que no degenerase en algún mal peligroso. Esto me hizo quejarme a Nuestro Señor:

«¡Oh mi Unico Amor! ¿Permitiréis que otros vean el mal que me he hecho por amor vuestro? ¿No sois bastante poderoso para curarme, Vos, que sois el soberano remedio de todos los males?»

En fin, movido por mi sentimiento de darlo a conocer, me prometió que al día siguiente estaría curada; y en efecto, lo hizo como me lo había prometido; pero no habiendo podido decírselo a Nuestra Madre, por no haberla encontrado, me envió ésta una esquelita, en la cual me decía que enseñase mi mal a la hermana que me la daba y ésta le aplicaría el remedio. (2)

(1) Era en otoño de 1679.

(2) Era Sor María Magdalena de Escures.

Como estaba curada, creí hallarme dispensada de cumplir tal obediencia hasta habérselo dicho a Nuestra Madre. Fui con este objeto a buscarla, y le dije que no había hecho lo ordenado en la esquila por estar ya curada. ¡Dios mío, con qué severidad me trataron por esta falta de prontitud en la obediencia, tanto ella como mi Soberano Maestro! Este me relegó a estar bajo sus sagrados pies, donde permanecí cinco días aproximadamente, no haciendo sino llorar mi desobediencia, pidiéndole perdón con penitencias continuas.

Y en cuanto a mi Superiora, me trató sin remisión en esta entrevista, como Nuestro Señor se lo inspiraba, pues me hizo perder la Sagrada Comunión lo cual era el suplicio más cruel que pudiera sufrir en la vida; hubiera preferido mil veces que se me hubiese condenado a muerte. Además, me obligó a mostrar mi mal a la hermana. Esta, hallándole curado, nada quiso hacer; pero yo recibí en ello suma confusión.

Para mí todo esto no era nada, pues no hay género de suplicio que no hubiese querido sufrir por el dolor que tenía de haber desagradado a mi Soberano. En fin después de haberme hecho conocer cuánto le desagradaba la falta más pequeña de obediencia en un alma religiosa, y sufrir la pena correspondiente, vino El mismo en los últimos días de mi retiro a enjugar mis lágrimas y devolver a mi alma la vida.

Pero por más dulzuras y caricias con que me regaló, no terminó por eso mi pena: tenía bastante con pensar que le había desagradado para deshacerme en lágrimas. Pues con tal viveza me hizo comprender lo que era la obediencia en una alma religiosa, que confieso no haberlo aún hasta entonces

comprendido y me dijo que, en castigo de mi falta, el Sagrado Nombre, cuya inscripción tanto me había costado en memoria de mis sufrimientos al tomar el nombre de Jesús, no sería ya visible, como ni tampoco los precedentes, los cuales aparecían antes muy bien marcados de diferentes maneras. Puedo decir que hice un retiro de dolor.

104. Se comprueba el “buen espíritu” que la guía

Eran tan continuas mis enfermedades, que no se pasaban cuatro días seguidos sin estar enferma. Una vez, estaba muy mal, y casi no se me entendía lo que hablaba; vino a verme Nuestra Madre a la mañana (1) y me entregó un billete, ordenándome se hiciera su contenido, a saber: que tenía necesidad de asegurarse de si procedía del Espíritu de Dios todo cuanto por mí pasaba, y si era así, me diera el Señor perfecta salud durante cinco meses, sin tener necesidad de alivio alguno en todo ese tiempo. Pero que si venía, por el contrario, del espíritu del demonio o de mi naturaleza, permaneciera siempre en el mismo estado. No se puede explicar lo que me hizo sufrir este billete, tanto más cuanto que me había sido manifestado su contenido antes de leerlo.

Me hicieron salir de la enfermería con palabras tales como Nuestro Señor se las inspiraba, para hacerlas sensibles y mortificativas a la naturaleza. Presenté el billete a mi Soberano, el cual no ignoraba su contenido, y me respondió:

(1) El 21 de diciembre de 1682.

«Te aseguro, hija mía, que para prueba del buen espíritu que te guía, hubiera concedido a tu Superiora tantos años de tu salud como meses me ha pedido, y además, todas cuantas seguridades hubiera querido pedirme.»

Y en el instante de la elevación del Santísimo Sacramento sentí, pero de un modo muy perceptible, que me quitaron todas mis enfermedades como si se me despojara de un hábito, el cual quedase, por otra parte, suspendido. Y me encontré con la fuerza y salud de una persona muy robusta que por largo tiempo no hubiera estado enferma. Pasé así el tiempo deseado, (1) después del cual se me volvió al estado precedente.

105. En Ejercicios espirituales, a pesar de la fiebre. Curación

En una ocasión, estando con fiebre, me hizo salir mi Superiora de la enfermería para hacer los ejercicios, pues era mi turno, (2) y me dijo: «Id; os entrego al cuidado de Nuestro Señor Jesucristo. Que El os dirija, gobierne y cure según su voluntad.» Ahora bien; aunque me sorprendió esto un poco, porque en aquel momento estaba temblorosa por la fiebre, me fui, sin embargo, muy contenta de practi-

(1) Es decir, hasta el 21 de diciembre de 1683. Al cabo de los cinco meses, en efecto la Madre Greyfié había ordenado a Margarita María pedir a Dios continuación de esta perfecta salud "hasta el año completo de esta primera obediencia".

(2) En otoño de 1681.

car esta obediencia, ya por tener ocasión de sufrir por su amor, siéndome indiferente la manera que tendría El de tratarme en mi retiro, ya me hiciera sufrir o gozar. «Todo me viene bien —decía—; con tal que El esté contento y yo le ame, me basta.»

Mas apenas me hallé encerrada con El solo y postrada en tierra enteramente transida de dolor y de frío, se me presentó delante, me hizo levantar, y prodigándome mil caricias me dijo:

«En fin, héte ahí toda mía y toda a mi cuidado; por esto quiero devolverte sana a los que te han puesto en mis manos enferma.»

Y me restituyó una salud tan completa, que no parecía haber estado mala, de lo cual se admiraron mucho, especialmente mi Superiora, que sabia todo lo sucedido.

106. Más gozo que aflicción en estos Ejercicios

Jamás he pasado los ejercicios entre tanto gozo y delicias: me creía en un paraíso, por los continuos favores, caricias y trato familiar con mi Señor Jesucristo, su Santísima Madre, mi Santo Angel y mi bienaventurado Padre San Francisco de Sales. No especificaré aquí, a causa de su extensión, los pormenores de las singulares gracias en ellos recibidas. Solamente diré que mi amable Director, para consolarme por el sentimiento que yo había mostrado al ver borrarse de mi corazón su Sagrado y Adorable Nombre después de haberlo grabado en él con tantos dolores, quiso El mismo, con el sello y el buril ente-

ramente inflamado de su puro amor, imprimirlo dentro y escribirlo fuera; pero de un modo que me produjo mil veces más gozo y consuelo que dolor y aflicción me había causado el otro.

Sólo me faltaba la cruz, sin la cual no podía vivir, ni gustar de placer alguno, ni aun celestial y divino, porque no tenía más delicias que las de verme semejante a mi pacientísimo Jesús. No pensaba, por lo tanto, sino en ejercer sobre mi cuerpo todos los rigores que la libertad, en que se me había dejado, me permitía. Y en efecto, se los hice bien experimentar tanto por las penitencias como por el método de vida y de reposo. Me había formado, de cascos de vasijas rotas, un lecho, en el cual me acostaba con sumo placer, y aunque la naturaleza gimiese, era en vano, porque no la escuchaba.

Quería hacer cierta penitencia que, por lo rigurosa, excitaba en mí un vehemente deseo de ejecutarla pensando por este medio poder vengar en mí las injurias que recibe Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, ya de mí, pecadora miserable, ya de todos aquellos que en El le deshonoran. Pero mi Soberano Maestro, estando ya para ejecutar mi designio, me prohibió pasar adelante, diciéndome que quería entregarme sana a mi Superiora, quien me había confiado y remitido a sus cuidados, y así le agradaría más el sacrificio de mi deseo que la ejecución misma, porque siendo espíritu, quería sacrificios del espíritu. Quedé contenta y sumisa.

107. Corona de espinas sobre su cabeza

Yendo una mañana a comulgar, me pareció la

Sagrada Hostia resplandeciente como un sol, cuyo brillo no podía soportar, y en medio de ella vi a Nuestro Señor con una corona de espinas, la cual, poco después de haberle recibido, puso sobre mi cabeza, diciéndome:

«Recibe, hija mía, esta corona en prenda de la que muy pronto te será dada para tu conformidad Conmigo.»

No comprendí entonces lo que esto significaba; pero muy pronto lo supe por los efectos inmediatos, a saber: dos terribles golpes que recibí en la cabeza, de tal suerte que me pareció tener, desde entonces, todo el circuito de la misma rodeado de agudísimas espinas de dolor, cuyas picaduras no terminarían sino con mi vida, de lo cual doy infinitas gracias a Dios, que tan señalados favores ha hecho a su miserable víctima; mas, ¡ay de mí!, como lo repito con frecuencia, las víctimas deben ser inocentes, y yo no soy sino una criminal.

Confieso que me reconozco más obligada a mi Soberano por esta corona preciosa que si me hubiera regalado todas las diademas de los más grandes monarcas del mundo; tanto más, que nadie puede robármela, y me pone no pocas veces en la feliz necesidad de velar y entretenerme con este único objeto de mi amor.

No pudiendo apoyar mi cabeza sobre la almohada, a imitación de mi Divino Maestro, que no podía reclinar la suya adorable sobre el lecho de la cruz, experimento gozos y consolaciones inconcebibles viendo en mí alguna conformidad con El. Y por este dolor quería que pidiese a Dios, su Padre, por el

mérito de su coronación de espinas, a la cual uniese yo la mía, la conversión de los pecadores y la humildad para los orgullosos, cuya soberbia le era tan desagradable e injuriosa.

108. Acepta la cruz de la enfermedad

Una vez, hacia el tiempo de carnaval, es decir como unas cinco semanas antes del Miércoles de Ceniza, El se me presentó después de comulgar bajo la figura de un *Ecce-Homo*, cargado con su cruz, todo cubierto de llagas y contusiones y brotando de todo su cuerpo su sangre adorable. Con una voz dolorosamente triste, decía:

«¿No habrá nadie que tenga piedad de mí y quiera compadecerse y tomar parte en mi dolor viendo el lastimoso estado en que me ponen los pecadores, sobre todo en este tiempo?»

Postrándome a sus sagrados pies, me ofrecí a El con lágrimas y suspiros. Cargó sobre mis espaldas aquella pesada cruz, erizada toda de puntas de clavos, y sintiéndome agobiada bajo su peso, comencé a comprender mejor la gravedad y malicia del pecado, al cual detestaba tan vivamente en mi corazón, que hubiera preferido mil veces precipitarme en el infierno a cometer voluntariamente uno solo. «¡Maldito pecado —dije—, cuán detestable eres, por la injuria que haces a mi Soberano Bien!» Este me dio a conocer que no bastaba llevar aquella cruz, sino que era preciso estar enclavada con El, para hacerle fiel compañía participando en sus dolores, desprecios oprobios y otras injurias que sufría.

Me puse inmediatamente en sus manos para todo cuanto deseara hacer de mí, y por mí, dejándome enclavar a su gusto con una enfermedad que bien pronto me hizo sentir las agudas puntas de los clavos con que estaba erizada esta cruz y con agudísimos dolores, en los cuales no recibía otra señal de compasión sino desprecios, humillaciones y otras cosas penosísimas a la naturaleza. Pero ¡miserable de mí!, ¿qué podría sufrir yo que pudiera igualar a la grandeza de mis crímenes, los cuales me tienen continuamente sumida en un abismo de confusión, desde que mi Dios me hizo ver la horrible figura de un alma en pecado mortal y la gravedad de la culpa, que, por ir contra una bondad infinitamente amable, le es en extremo injuriosa?

Esta vista me ha hecho sufrir más que todas las otras penas, y hubiese preferido con todo mi corazón haber comenzado a sufrir todas las merecidas por cuantos pecados he cometido para que me hubiesen servido de preservativo y me hubiesen impedido cometerlos antes de haber llegado a tan miserable extremo, y esto aun cuando estuviera segura de que Dios, por su infinita bondad, me perdonaría sin entregarme a tales penas.

109. Sufrimientos en tiempo de carnaval

El estado de sufrimiento, del cual he hablado más arriba, me duraba, ordinariamente, todo aquel tiempo de carnaval, hasta el Miércoles de Ceniza. Parecía que me hallaba reducida al extremo, sin poder encontrar consolación alguna, ni alivio que no aumentase todavía más mis tormentos; y luego me

sentía súbitamente con bastante fuerza y vigor para el ayuno de Cuaresma.

Siempre me ha concedido mi Soberano el favor de poderlo hacer, y aunque me hallase alguna vez rendida por tantos dolores que con frecuencia creía, al comenzar un ejercicio, que no podría sostenerme hasta concluirlo, sin embargo, después de concluído uno, comenzaba otro con las mismas penas, diciendo: «Dios mío, concededme la gracia de poder llegar hasta el fin.» Y daba gracias a mi Soberano, porque medía así mis instantes por el reloj de sus sufrimientos para regular todas las horas con las ruedas de sus dolores.

110. Jesús la colma de favores cuando ella quería sufrir

Cuando quería favorecerme con alguna nueva cruz, me disponía para ello con abundancia de caricias y consolaciones espirituales tan grandes, que me hubiera sido imposible sobrellevarlas si hubieran continuado. En esta ocasión le decía: «Unico Amor mío, os sacrifico todos esos placeres. Guardadlos para las almas santas, las cuales os glorificarán más que yo; yo no quiero sino a Vos solo, enteramente desnudo sobre la cruz, donde deseo amaros a Vos solo por amor de Vos mismo. Quitadme, pues, todo lo demás, para que os ame sin mezcla de interés ni de placer.»

Y sucedía a veces en estas circunstancias que, como sabio y experimentado Director, se complacía en contrariar mis deseos, haciéndome gozar cuando hubiera querido sufrir. Pero confieso que lo uno y

lo otro venían de El y que cuantos favores me ha hecho ha sido por pura misericordia suya, pues jamás criatura humana alguna le ha opuesto tanta resistencia como yo, sea por mis infidelidades, sea por el temor que tenía de ser engañada. Y cien veces me he admirado de que, en vista de tanta resistencia, no me anonadase o hundiese en el abismo.

111. Terrible presencia de Dios cuando incurre en su desagrado

Mas, por grandes que sean mis faltas, jamás me priva de su presencia este único amor de mi alma, como me lo ha prometido.

Pero me la hace tan terrible cuando le disgusto en alguna cosa, que no hay tormento que no me fuera más dulce y al cual no me sacrificara mil veces antes que soportar esta divina presencia y aparecer delante de la santidad de Dios teniendo el alma manchada con algún pecado.

En esas ocasiones bien hubiera querido esconderme y alejarme de ella, si hubiese podido; mas todos mis esfuerzos era inútiles, hallando en todas partes esa santidad, de que huía, con tan espantosos tormentos que me figuraba estar en el Purgatorio, porque todo sufría en mí sin ningún consuelo, ni deseo de buscarle.

Esto me obligaba a exclamar, a veces, en medio de mi dolorosa amargura: «¡Oh, cuán terrible es caer en manos de un Dios vivo!»

He ahí la manera que El tenía de purificarme de mis faltas, cuando no era yo bastante pronta y fiel en castigarme por ellas. Y nunca recibía gracia algu-

na particular de su bondad que no fuese precedida de esta clase de tormentos y sin sentirme, después de haberla recibido, arrojada y abismada en un purgatorio de humillaciones y confusión, donde sufría más de lo que puedo expresar.

Mas siempre conservaba una tranquilidad inalterable, pareciéndome que nada podría turbar la paz de mi alma, aunque estuviese frecuentemente agitada la parte inferior, ora por mis pasiones, ora por mi enemigo, quien hacía todos sus esfuerzos para conseguirlo, pues no hay cosa alguna sobre la cual tenga más poder, y en la que gane tanto, como en un alma turbada e inquieta; la hace su juguete y la vuelve incapaz de bien alguno.

SIGUENSE LAS CERTIFICACIONES DEL MANUSCRITO AUTOGRAFO

Certificado y verificado en 22 de julio de 1715. (1)

Suscrito:
Sor Ana Isabel de la Garde

Rubricado por Nos el 22 de julio de 1715.

Suscrito:
**D. de Bansiére, Comisario
Chalon, Escribano**

Nos, Protonotario Apostólico, Vicario General, Arcediano de Autun, hemos reconocido como autógrafa de la Beata Margarita María Alacoque esta biografía, escrita por ella misma por orden de sus Superiores. Se compone de 64 páginas. En fe de lo cual:

Paray, 26 de febrero de 1865.

Suscrito:
**G. Bouange, Proton. Apost.
Vic. Gen. Arc.**

Lugar del sello del Obispo.

Apéndice

Muerte de la Santa

Se encaminaba nuestra Santa a grandes pasos hacia las cimas de la santidad y se acercaba para ella la hora feliz «de ir a abismarse en el Corazón de Jesús.» Testimonio precioso y fidedigno de las cumbres en que moraba ya Santa Margarita, tres años antes de su muerte (1687), tiempo en el que pone fin a su autobiografía, es el que de su santidad nos ofrece el R.P. Rolin, S.J., el director de su alma por entonces. Dicho Padre había oído la confesión general que de toda su vida le había hecho la Santa en uno de sus ejercicios, y asegura haber estado tentado de hacérselo escribir y conservar, «con la esperanza de que un día se pudiera conocer la extrema pureza de esta esposa de Jesucristo y juzgar hasta dónde puede llegar la inocencia, la delicadeza y la sublime santidad de un alma que Dios ha gobernado y favorecido con sus más señaladas gracias desde la cuna.» Breve y verdadero panegírico de nuestra Santa.

Esta, entre tanto, presentía su próximo fin, al que hacía alusión algunas veces. «Es menester que yo muera —decía en alguna ocasión—, pues no soy ya sino un obstáculo para la devoción al Corazón de Jesús.» «Con seguridad moriré este año —decía otra vez—, para no impedir los grandes frutos que

mi Divino Salvador piensa conseguir de un libro de *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús.*» Sorprendido quedó al oírlo el R.P. Croiset, S.J., que en efecto trabajaba en esta obra, pero que no se lo había dicho a nadie.

La Santa iba a dejar la tierra; el fuego del amor divino mediante el sufrimiento y el sacrificio voluntario había consumido en esta hermosa alma todo cuanto pudiera quedar de humano e imperfecto, y a falta de combustible que consumir, decrecieron también los sufrimientos físicos y morales, que habían sido por tanto tiempo los compañeros inseparables de esta santa alma. De ello sacaba como consecuencia la proximidad de su muerte. «Seguramente moriré este año —decía—, pues ya no sufro nada.» Se preparó a este paso con un retiro de cuarenta días; deseaba examinar de dónde procedía aquel deseo vehemente que la hacía suspirar por el día feliz, y si sería feliz para ella, que se tenía por la mayor pecadora y la más indigna de los favores de Dios.

Cedemos al impulso de citar íntegras las últimas palabras que la Santa escribió y que se refieren a este retiro preparatorio para la muerte.

Dice así:

«Desde el día de Santa Magdalena me sentí extremadamente impulsada a reformar mi vida, para estar dispuesta a presentarme ante la santidad de Dios, cuya justicia es tan temible y tan impenetrables sus juicios.

Es menester, por lo tanto, que tenga siempre ajustadas mis cuentas, para no verme sorprendida; porque es cosa terrible caer a la hora de la muerte en las manos de un Dios vivo, cuando durante toda la

vida se ha separado un alma por la culpa de los brazos de un Dios moribundo. Me propuse, pues, para llevar a efecto una inspiración tan saludable, hacer un retiro interior en el Sagrado Corazón de Jesucristo.

Aguardo y espero todos los auxilios de gracia y misericordia que me serán necesarios, porque tengo en El toda mi confianza. El es el solo apoyo de mi esperanza, puesto que su excesiva bondad no me rechaza nunca cuando a El me dirijo; antes al contrario, parece gozarse en haber hallado una criatura tan pobre y miserable como yo, para llenar el abismo de mi indignidad con su abundancia infinita.

Será mi buena Madre la Santísima Virgen, y tendré por protectores a San José y a mi Santo Fundador. El buen P. de la Colombière será mi Director para enseñarme a cumplir los designios del Corazón adorable en conformidad con sus máximas.

El primer día de mis ejercicios, mi ocupación fue el pensar de dónde podría proceder este gran deseo de morir, pues no es ordinario en los criminales, como lo soy yo delante de Dios, desear comparecer en presencia de su Juez, y un Juez cuya santidad de justicia penetra hasta la médula de los huesos, a Quien nada puede ocultarse y que nada dejará impune. ¿Cómo, pues, alma mía, puedes sentir un gozo tan grande en la proximidad de la muerte? No piensas sino en terminar tu destierro, y estás enajenada de gozo con la idea de salir muy pronto de tu prisión. Pero, ¡ay de mí!, mira no sea que después de un gozo temporal, que quizá no proviene sino de ceguedad e ignorancia, te sumerjas en una eterna tristeza, y desde esta prisión mortal y transitoria cai-

gas en los calabozos eternos, donde no tiene lugar la esperanza de salir.

Dejemos, pues, alma mía, este deseo y este gozo de morir para las almas santas y fervorosas, para las cuales están preparadas tan grandes recompensas; pues en cuanto a mí no me dejan las obras de una criminal ver otro término que los eternos castigos, si no fuese Dios conmigo más misericordioso que justo. Y pensando cuál será tu suerte, ¡oh alma mía!, dime: ¿Podrás tú sufrir durante una eternidad la ausencia de Aquél a cuya posesión aspiras con tan ardientes deseos y cuya privación te hace presentir penas tan crueles?

¡Dios mío!, cuán difícil es de arreglar mi cuenta, pues he perdido tanto tiempo, y no sé como poderlo reparar! En la perplejidad en que me hallo de ordenar todas mis partidas y tenerlas siempre en disposición de ajustar cuentas, no he sabido a quien dirigirme sino a mi Adorable Maestro que por singular favor, ha querido encargarse de hacerlo. Así pues, le he remitido todos los capítulos por los que he de ser juzgada y recibir mi sentencia, a saber: nuestras Reglas, Constituciones y Directorio, según los cuales seré justificada o condenada. Una vez puestos ya en sus manos todos mis intereses, he sentido una paz admirable a sus pies, donde me ha tenido largo tiempo como enteramente perdida en el abismo de mi nada, esperando su sentencia acerca de esta miserable criminal.

El segundo día me fue presentado durante la oración, como en un cuadro, lo que había sido antes y lo que entonces era. ¡Pero, Dios mío, qué monstruo más deforme y más horrible a la vista! No veía bien alguno, sino tanto mal, que era para mí un tor-

mento el solo pensarlo. Todo parecía condenarme a un eterno suplicio, por el grande abuso de tantas gracias, a las cuales no he correspondido sino con infidelidades, ingratitudes y perfidias. ¡Oh Salvador mío, quién soy yo para haberme esperado a penitencia tanto tiempo; yo, que mil veces me expuse a ser arrojada en el abismo infernal por el exceso de mi malicia, y otras tantas lo habéis impedido Vos por vuestra infinita bondad! Seguid, pues, amable Salvador mío, ejerciéndola con tan miserable criatura.

Ya lo veis: acepto de buena voluntad todas las penas y suplicios que os plazca hacerme sufrir en esta vida y en la otra. Y tan grande es mi dolor de haberos ofendido, que querría haber pagado todas las penas merecidas por los pecados cometidos y por todos aquellos que hubiera llegado a cometer, a no haberme socorrido vuestra gracia. Sí, quisiera haber sido sumergida en todos esos tormentos rigurosos desde el instante en que comencé a pecar, y que me hubiesen servido de preservativo para no llegar a ofenderos tanto, aunque no encontrara más penas que obtener el perdón por amor de Vos mismo. No, nada excluyo en la venganza que a vuestra divina justicia pluguiere ejercer sobre esta criminal sino el que me abandonéis a mí misma, permitiendo mis nuevas recaídas en el pecado en castigo de los precedentes.

No me privéis, Dios mío, de amaros en la eternidad, por no haberos amado bastante en el tiempo. Por lo demás, haced de mí cuanto os agrade: os debo todo cuanto tengo y cuanto soy. Todo lo bueno que pudiera hacer, no serviría, a no ser por vuestra gracia, para reparar la más pequeña de mis culpas. Soy insolvente, bien lo veis, mi Divino Dueño; arro-

jadme a una prisión, consiento en ello, con tal que sea en la de vuestro Corazón Sagrado. Y cuando allí estuviere, tenedme bien cautiva y sujeta con las cadenas de vuestro amor, hasta que os haya pagado todo cuanto os debo; y como no podré hacerlo nunca, tampoco deseo salir de ella jamás.»

Llegaba, decimos, la Santa al fin de su carrera, y a las críticas y discusiones de que había sido objeto, había sucedido el más profundo entusiasmo. No sólo dentro de casa cortaban pedacitos de su hábito para conservarlos como reliquia, sino que religiosos y sacerdotes iban a Paray para tener la dicha de conversar con ella y salían gozosos diciendo: «Hemos visto a la Santa.» Hasta los obreros que trabajaban en el Monasterio esperaban la hora de la recreación, diciéndose unos a otros: «Veamos si podemos divisar a la Santa.»

Santa Margarita, por su parte, no piensa más que en ocultarse, en desaparecer, y cuanto más brillantes son las gracias que recibe, más crece en ella la sed de olvido, desprecio y humillación; desea morir «en el desprecio y olvido de las criaturas», y éstas son sus palabras a su Superiora: «Quiero permanecer envuelta y sepultada en el más eterno olvido», y para esto «le ruega le haga la gracia de quemar todos sus papeles, para que de tan gran pecadora no quede nada que pueda despertar su recuerdo después de su muerte».

Enamorada del sufrimiento, suplica en la intimidad de la confianza:

«Padre, ruego al Sagrado Corazón de Jesús me conceda la gracia de morir con El en la cruz, pobre, desconocida, despreciada y olvidada de

las criaturas, agobiada bajo el peso de toda clase de sufrimientos según su elección y deseo y no según el mío.»

Es indudable, ya lo hemos dicho, que la Santa tuvo conocimiento de la época de su muerte, contra el parecer de todos, en 1690 insistía dulcemente en que moriría «durante el año», y hasta indicó que sería cuando la Comunidad menos lo pensara, y nombró a las dos Hermanas en cuyos brazos exhalaría el último suspiro.

«Carísima Hermana mía —dijo la Santa a la Hermana Rosalía Verchère (la que jamás había visto morir a nadie), tenéis miedo de morir; pues bien, estad cierta que moriré en vuestros brazos y los de nuestra Hermana Rosalía de Farges.»

Llegó la época de los retiros anuales de las Religiosas del año 1690, y Margarita María se dispuso al suyo (el que había hecho anteriormente no la eximía del de Regla); la víspera se sintió mal; aquella misma tarde en que debía empezarlo fue atacada de un ligero acceso de fiebre. El doctor Billet, que la veneraba como una santa y solía decir que sus enfermedades eran ocasionadas por el amor divino y que la medicina era impotente para curarla, declaró, sin embargo que aquel malestar no era grave, que no moriría de esto y tranquilizó a la Comunidad. Insistió la Santa, pidiendo con instancia el Santo Viático o al menos que la dejaran comulgar, ya que estaba en ayunas. Accedieron a su petición y recibió este Divino Sacramento por su parte como Viático, sa-

biendo que lo recibía por última vez, y así se lo declaró poco después a su querida antigua novicia Hermana María Nicolasa de Farges, a la que llamaba «su San Luis Gonzaga».

Las que fueron testigos felices de esta postrera comunión de una santa, declararon como indescribibles los ardores con que la vieron tender los brazos a su Amado, dándole gracias por haberse dignado venir hasta ella. Todas las que vieron el último día de su vida, admiraban el extraordinario gozo que reflejaba en su semblante.

«¡Ah, qué dicha es amar a Dios! ¡Amémosle, amémosle, pero que sea con toda perfección!»

Por un momento el temor de los juicios divinos la asaltó, y temblando besaba con humildad y ardor su crucifijo:

«¡Misericordia, Dios mío misericordia!».

Pero pronto volvió a sumergirse en el Corazón de Jesús y con ello volvió la paz, que ya no la abandonó.

Un último pensamiento de humildad y deseo de vida oculta vino a preocuparla. Llamó a la Hermana de Farges y le rogó quemara todo lo que quedaba de sus escritos, particularmente las Memorias escritas por orden del P. Rolin, su Director; la Hermana le insinuó con dulzura que sería más perfecto abandonarlo todo a la obediencia, y la Santa no insistió más.

Todo esto sucedía en el día y noche de 16 de octubre. El día 17, por la mañana, se sintió fatigosa y

volvió a pedir el Viático, pero el médico, llamado a toda prisa, volvió a declarar no había peligro por qué apurarse, que no se moría. «Ya lo veréis», replicó la Santa. Aumentó después su opresión de pecho, que le impedía estar echada y era preciso incorporarla y sostenerla para que pudiera respirar. Enajenada y como fuera de sí, repetía con frecuencia:

«¡Ay de mí, me abraso, me abraso! ¡Si fuera de amor divino, qué consuelo! ¡Pero jamás he sabido amar con amor perfecto a mi Dios!» Y dirigiéndose a las Hermanas que la sostenían, dijo: «Pedidle perdón por mí y amadle con todo vuestro corazón, para reparar todos los instantes en que yo no lo hice. ¡Qué dicha la de amar a Dios! ¡Ah, qué dicha! Amad, pues, a este Amor, pero amadle con amor perfecto.»

Tan bien grabada quedó esta lección suprema de la Santa en aquellas dos jóvenes Hermanas y tal participación de amor divino recibieron, que una de ellas, la Hermana Verchère, que apenas contaba veinticuatro años, hizo al día siguiente el voto de «lo más perfecto», y la Hermana de Farges emprendió el camino de la santidad con tal ardor, que la tenían por una «segunda Margarita María.»

Hacia las siete de la tarde, una ligera convulsión agitó sus miembros, y la Hermana María Nicolosa corrió en busca de la Superiora. «*Dejadla ir, que ya es tiempo*», dijo la Santa a las que querían detenerla, creyendo se trataba de una crisis pasajera. La Superiora acudió en seguida y quiso viniera el médico:

«Madre mía —le dijo la moribunda—, ya no

necesito más que a Dios solo y abismarme en el Corazón de Jesucristo.»

Momentos después la Comunidad rodeaba su lecho sollozando; ella, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, las exhortó a amar a Dios sin reserva y pidió la Santa Unción. Al ver al Sacerdote, se incorporó y dos Hermanas se precipitaron para sostenerla, impulsadas por el santo afecto que le profesaban: eran precisamente las Hermanas Verchère y de Farges, a quienes la Santa había predicho que moriría en sus brazos, lo que no pensaban entonces y sí se acordaron después, asegurándolo con juramento en sus declaraciones. A la cuarta unción expiró plácidamente, pronunciando el dulcísimo nombre de Jesús. Era el 17 de octubre de 1690, a la siete de la tarde; tenía la edad de cuarenta y tres años, dieciocho de profesión religiosa, quedando sus facciones con una expresión verdaderamente celestial. El médico, de rodillas junto al lecho, aseguraba que como había vivido sólo de amor, éste había sido la causa de su muerte.

«¡Ha muerto la Santa!» Esta fue la voz que corrió por todas partes, testimonio de la veneración que sus admirables virtudes habían inspirado, y todos pedían la gracia de verla por última vez. Colocada en el Coro, según la costumbre, durante dos días enteros no cesaron de tocar rosarios y otros objetos a lo despojos virginales de Margarita María para satisfacer la devoción de los fieles, y la que sólo ansiaba *«permanecer en el eterno olvido de las criaturas,»* es hoy conocida, honrada y venerada de

todos los pueblos y naciones; su figura humilde aparece ante nuestros ojos siempre a los pies de su Divino Dueño y Maestro; y mientras que la que como dulce «víctima» acompañó al Corazón Divino agonizante, y como fiel «discípula» aprendió sus divinas lecciones, y como ardiente «apóstol» transmitió al mundo el conocimiento de esta devoción salvadora, la Iglesia la ha sublimado al honor de los altares, y la que en vida fue para Jesús «un pequeño cielo», hoy ese Corazón generosísimo le concede la gloria de abismarla en su Divino Amor para ser su cielo por toda una eternidad.

Dios sea bendito